das de los santos y hallaréis que muchas veces, apenas habían expirado, se han aparecido a aquellos a quienes tiernamente amaban, y les han dado el último saludo y los últimos avisos, y les han hecho las últimas promesas...

Leed las vidas de los santos, y comprenderéis la delicadeza y generosidad de sus almas. Comprenderéis con cuánta razón Santa Teresa del Niño Jesús podía acabar su vida mortal con estas sublimes palabras: «No es la felicidad de que se goza en el cielo, lo que me atrae; es *¡el Amor!...* Amar, ser amada y volver a la tierra para hacer amar al *Amor...* ¡Después de mi muerte haré caer una lluvia de rosas!... Presiento que mi misión va a empezar, mi misión de hacer amar a Dios como yo le amo...».

¡Oh Señor! a todas las almas por Vos amadas, adormecidas ya para siempre sobre vuestro Corazón, dadles, pues *Requiem, Lucem, Pacem sempiternam!!...*

XV. Y ahora ¿qué nos resta decir para terminar convenientemente este capítulo que debería ser coronamiento de todos los otros, y es ya bastante largo? Aún una palabra, una palabra sola: aquella que una vez los Angeles, y otra las mismas almas del Purgatorio, respondieron al B. Francisco Venimbene, franciscano, celebrando la santa Misa de *Requiem.* La había celebrado devotísimamente; y al fin, cuando dijo: *Requiescant in pace,* una vez respondieron *Amen* los Angeles, y otra las almas santas del Purgatorio.

Amen!, pues; he aquí la última palabra.

Con la gracia de Dios, hemos llegado al término de la parte principal de nuestro trabajo y del camino eucarístico. *Amén.* Así sea!

He aquí quién es el alma eucarística; creo haberla descrito suficientemente en sí misma, en sus requisitos, en sus disposiciones, en los diversos grados de perfección y de vida eucarística. La hemos admirado y seguido, paso a paso, en sus amores y en sus dolores; en las alegrías y en las penas; en la oración y en el trabajo; con María Nazarena y con María Magdalena; en las comuniones y en el Viático; en vida y en muerte. Así sea: *Amen!*

Hemos dicho que su vida es una fragancia de Eucaris-

tía, y su muerte preludio del cielo; su vida es digna de envidiarse, y su muerte no debe llorarse. Sí, no debe llorarse; porque la muerte de un alma eucarística es una bendición, una verdadera fiesta. Escuchadlo de la boca misma de la Niña de Jesús, que es la más querida amiga de las almas eucarísticas.

XVI. Hablo de *Santa Inés* de Roma.

Un día que sus padres, como de costumbre, iban a llorar sobre el sepulcro de la gloriosa víctima, se les aparece la santa Niña. Estaba rodeada de un coro de vírgenes, y sobre su brazo derecho tenía un cordero, el Cordero divino que la había consagrado por su esposa y mártir. Con una dulzura celestial les dijo estas palabras: *Ne me mortuam lugeatis,* «no me lloréis por muerta; porque junto con estas vírgenes yo vivo en el cielo, cerca de Aquél, a quien, peregrina en la tierra, amé con todo el corazón». ¡Palabras delicadísimas!

Pues entonces, tú misma, oh Inés santísima, tú misma habla de nuevo y termina mi libro. Vuélvete a nosotros desde el cielo y, mostrándonos a todos el inmaculado Cordero, habla, oh Inés: *Congaudete mecum et congratalamini,* «alegraos y congratulaos conmigo; porque *ecce quod concupivi jam video, quod speravi jam teneo,* «ya veo aquello que he deseado; aquello que he esperado ya tengo... Con él mismo estoy unida en el cielo, con el mismo, a quien con toda devoción amé viviendo en la tierra: *Ipsi sum iuncta in coelis, quem, in terris posita tota devotiene dilexi»* (1).

Sea así, como tú dices, oh Inesita: sea nuestra tu suerte, y tu cántico sea el cántico de todas las almas eucarísticas. *Amen! Amen!*

XVII. Absolutamente hablando, podría terminar aquí mi pobre libro; pero no sé hacerlo. Me parece que así quedaría incompleto, y acaso sería muy poco fructuoso para las almas, y no correspondería tampoco al único fin del mismo, que, como he declarado en el prólogo, es

(1) Del oficio de sus dos fiestas.

procurar a Jesús Sacramentado nuevos corazones, o nuevos latidos, o lo uno y lo otro juntamente.

Paso, pues, a la segunda parte del librito, es decir, a hablar de las reglas, con las cuales podamos fácilmente distinguir un alma eucarística.

SEA POR SIEMPRE BENDITO Y ALABADO
EL SANTTISIMO SACRAMENTO DEL ALTAR

SEGUNDA PARTE

COMO SE CONOCE AL ALMA EUCARISTICA

REGLAS PARA CONOCER AL ALMA EUCARISTICA (1)

Las reglas, a mi entender, pueden ser negativas o positivas. Por regla negativa o de exclusión, entiendo la que evidentemente nos enseña a conocer que en un alma no existe vida ni perfección eucarística. Por regla positiva, en cambio, entiendo la que demuestra existir o a lo menos poder existir, en un alma verdadera vida eucarística, y sirve de criterio para juzgar los diversos grados de perfección eucarística.

Las reglas negativas, es decir, las que nos dan a conocer las personas que no son eucarísticas, son muy fáciles y evidentes. Las reducimos a dos: *el pecado mortal y la tibieza habitual.*

CAPÍTULO I

PRIMERA REGLA NEGATIVA, O DE EXCLUSION

EL PECADO MORTAL

I. En el capítulo II de la primera parte, hemos hablado de los requisitos indispensables para la vida y per-

(1) Por la naturaleza misma de la materia, he creído conveniente tratar la segunda y terceea parte de una manera mls didáctiia, abundante siempre, y quizá demasiado, en ejemplos.

fección eucarísticas; allí hemos probado que las disposiciones necesarias para la vida y perfección eucarísticas son principalmente dos: el estado de gracia, y, por consiguiente, la exención habitual de culpa grave, y el adorno de fervorosas virtudes. Os suplico, amados lectores, que volváis a leer aquel capítulo, y comprenderéis luego qué almas no pueden ser eucarísticas. Son ciertamente las que no saben librarse de la fealdad del pecado mortal, y que, por tanto, se hallan privadas de la belleza de la gracia santificante, que es la verdadera vestidura nupcial, necesaria no sólo para el banquete, sino también, y mucho más, para la vida eucarística.

II. ¡Pobres almas! No me detendré a repetir lo que escribí en el citado capítulo; sólo recordaré a estas desgraciadas almas que, mientras el pueblo hebreo —pueblo escogido— estuvo en Egipto, no gozó del maná del cielo; únicamente le fue concedido cuando se vio libre de la esclavitud de los Faraones. Y aun después de su libertad, en tanto que los hebreos tuvieron harina traída de Egipto, no fueron dignos del maná milagroso; sólo, como reflexiona San Juan de la Cruz, cuando esta harina les faltó completamente, pudieron gustar el pan celestial, que tenía en sí todo placer: *omne delectamentum in se habentem.*

Así acontecerá con nosotros: mientras seamos esclavos de Faraón, esto es, del demonio, de los vicios y pasiones, ninguna otra cosa recibiremos de ellos, como los antiguos hebreos de sus patronos, sino barro y paja; y en tanto que en nuestra alma fermente la fatal levadura —símbolo de la culpa grave— no podrá nunca esperar ni el pan, ni la vida de los Angeles.

III. Es verdad que el poeta de la Eucaristía, Santo Tomás, cantó: *Dedit et tristibus Sanguinis poculum:* «dio también a los tristes la copa de su sangre»; mas el mismo Santo Tomás cantó también: *Sunmunt boni, sumunt mali: sorte tamen inaequali, vitae vel inteirtus;* «lo reciben los buenos y malos; mas con suerte desigual, de vida o de muerte; es vida para los buenos, muerte para los malos este manjar celestial. ¡Ved qué efecto tan desigual!»

(1). Hablaba ciertamente de la comunión sacrílega el angélico Maestro; sin embargo, podemos muy bien inferir que cuanto más dominados estemos de la muerte del alma —que es cualquier pecado mortal— tanto más incapaces seremos de la vida eucarística, vida de luz, de pureza y santidad. Cuanto más semejante es uno a Judas (y cualquier pecador es un traidor), tanto más indigno es del divino Maestro. ¿Podrá, pues, una vida de pecado mezclarse con la vida eucarística?

IV. *Pascitur inter lilia* (2): «¡se apacienta entre lirios!...». Esta frase lo dice todo. El Amado de nuestras almas, sacramentado en el altar, no se apacienta ya entre las espinas, sino entre las flores; y de éstas, la que Él más prefiere y estima, es el lirio, porque es purísimo, blanquísimo y su olor suavísimo. El mismo se llamó lirio, y lirio de los valles. *Ego lilium convallium* (3); y todas las almas santas, prosapia de Dios, son invitadas a florecer como el lirio: *Florete flores quasi lilium* (4). ¿Cómo podrá, pues, el que no sabe ser lirio, o puro por la inocencia, o purificado por la penitencia, pertenecer al número de las almas escogidas, que, por lo mismo que continuamente viven alrededor del Tabernáculo, por eso *pascuntur in liliis,* se apacientan en los lirios? (1).

V. En el Antiguo Testamento estaba mandado, como hemos notado en otro lugar, que debía ser de oro purísimo todo lo que inmediata o remotamente servía al culto del Señor. No sólo el arca de la Alianza, el propiciatorio, los dos querubine, la mesa, candeleros, lámparas e incensarios, sino también las mismas varas destinadas a trasportar el arca debían estar revestidas de láminas de oro. Y labradas de oro purísimo eran también la comisa, tazas y redomas, copas, bolitas y anillos: *universa ductilia de auro purissimo,* todo ello de oro purísimo, traba-

(1) Secueniia de la Misa del *Corpus Christi.*
(2) Cant. II, 16.
(3) Ib. II, 1.
(4) Eccli. XXXIX, 19.
(1) Cant. IV, 5.

jado a martillo (2). ¿Qué más? Parecería increíble, si no estuviera consignado en los Libros Santos; hasta las despabiladeras y las cazoletas donde se apagan las pavesas, debían ser igualmente de oro el más puro (3).

Y no solamente esto, sino que también el aceite que había de arder en las lámparas de oro, debía ser aceite de olivos el más puro: *oleum purissimum;* el *incienso, lucidissimum et suavissimi odoris:* el más transparente y de suavísimo olor; el perfume o *timiama, sanctum et suavissimum;* santo y suavísimo y compuesto de aromas purísimos: *de aromatibus purissimis.*

VI. Ahora bien, si Dios exigía tanta preciosidad, tanta pureza y delicadeza en los utensilios destinados a su culto, hasta en aquellos más mezquinos; y lo exigía en el Antiguo Testamento, que no era más que una sombra del Nuevo, ¿cuánta más pureza, hermosura y santidad no deberá exigir hoy día a las almas eucarísticas, llamadas por su gracia para llegar a ser espiritualmente ellas mismas lámparas y aceite, incienso e incensarios, altar y *timiana* de la divina Eucaristía? Si a los que debían simplemente llevar los vasos sagrados, Dios les mandaba que se purificasen: *mundamini qui fertis vasa Domini* (1), purificaos vosotros los que traéis los vasos del Señor», ¿admitirá Él, sin que antes se purifiquen, a las almas culpables entre las almas eucarísticas, que no solamente deben llevar ,sino que deben convertirse ellas mismas en vasos espirituales de la carne y de la sangre preciosísima del Salvador? Ciertamente que no.

No hemos errado, pues, en haber establecido, como primera regla negativa, que las almas habitualmente o casi habitualmente contaminadas con el pecado mortal, no son eucarísticas; y permaneciendo en tan lamentable estado, no podrán serlo jamás. ¡No! el Dios amador de la pureza, *Deus puritatis amator,* el Dios que quiere sea de oro purísimo todo lo que está consagrado a su culto; el Dios que se apacienta entre los lirios; el Dios, en suma,

(2) Ex. XXV, 36.
(3) Ib. XXV, 38.
(1) Is. LII, 11.

del Cenáculo no podrá nunca poner sus delicias allí en donde falta el buen olor de la gracia, en corazones de barro o de tierra, en donde crecen las espinas, los lirios se marchitan y anidan las serpientes.

VII. Y no he hablado de los sacrificios antiguos, que demuestran aún más claramente la severidad de las determinaciones de Dios y la delicadeza de sus exigencias.

Antes de todo, Dios nos dice que «detesta las víctimas de los impíos, y que sólo le aplacan los votos de los justos» (1); de la misma manera protesta el Altísimo que «no acepta los dones de los impíos, ni atiende a las oblaciones de los malvados» (2). Solamente «el sacrificio del justo es acepto, y no se olvidará de él el Señor»; solamente «la oblación del justo *es como víctima escogida* que engrasa el altar, y es un olor suave en la presencia del Altísimo» (3).

Después de haber hablado de los oferentes, Dios habla de las ofrendas y dice: «Toda ofrenda que se ofrece al Señor *absque fermento fiet,* ha de ser sin levadura; ni se ha de quemar sobre el altar en sacrificio al Señor cosa con levadura: *nec quidquam fermenti adolebitur in sacrificio Domino* (1). Y en otro lugar ordena que «quien ofreciere víctima al Señor, debe ofrecerla sin tacha, para que sea aceptable» (2). Además los corderos deben ser primogénitos; pero ¿cuántas veces el Dios de la santidad y pureza inculca y repite que «el cordero sea también sin tacha, *immaculatus erit...* y si tuviere defecto no sea ofrecido, porque no será aceptado?» (3).

VIII. Mas ¿para qué citar más textos de la Sagrada Escritura, cuando las sentencias mencionadas nos manifiestan con evidencia qué oferentes y qué víctimas sean aborrecibles o agradables a Dios, y qué disposiciones de-

(1) Prov. XV, 8.
(2) Eccli. XXXIV, 23.
(3) Eccli. XXXV, 8-9.
(1) Lev. II, 11.
(2) Ib. XXII, 21.
(3) Ib. XXII, 19-26.

ban tener víctimas y oferentes, para perfumar el trono del Altísimo?

Las almas eucarísticas son místicas ovejas, compañeras y fiel cortejo del divino Cordero; hostias pacíficas, y propiciatorias; víctimas de amor y de dolor. Si Dios, pues, aborrece las ofrendas de los pecadores, y acepta y bendice las oblaciones de los justos; si nada impuro o corrompido Él sufre en sus sacrificios, y sin mancha e inmaculados quiere sus corderos, ¿no podemos y debemos excluir *a priori* del número escogido de las almas eucarísticas a las almas culpables, que desgraciadamente ocultan el pecado en sus conciencias, y no son corderos, y mucho menos corderos inmaculados?

¡Oh amabilísimo Salvador, miradnos piadoso y haced que seamos contados siempre entre las almas que forman vuestras delicias en la tierra! Cueste lo que cueste, abrasad en nosotros lo que es indigno de vuestros ojos; y si todavía no somos vuestros, destruidnos y volvednos a hacer, oh Jesús Sacramentado; volvednos a hacer con vuestras mismas manos, según Vos queréis. De vasos de ira, hacednos vasos de misericordia; y de vasos de ignominia transformadnos en vasos de honor y de gloria, en vasos de oro purísimo para que vuestra carne y vuestra sangre, encuentren digna morada en ellos.

Sí, sí: «Oh piadoso Pelícano, Señor Jesús, lávame de las manchas del pecado con tu sangre, de la que una sola gota es suficiente para salvar de todo delito al mundo» (1).

Pero no es sólo el pecado mortal el que excluye de la vida eucarística; desgraciadamente hay otro mal más frecuente, menos curable, y acaso más peligroso: *la tibieza habitual.*

(1) Ritmo de Santo Tomás: *Adoro te...*

CAPÍTULO II

SEGUNDA REGLA NEGATIVA O DE EXCLUSION

LA TIBIEZA HABITUAL

I. Algunos de los argumentos, mencionados en el capítulo anterior, valen también para la tibieza, que no es ciertamente pecado mortal, pero —según las enseñanzas de los santos— muchas veces es su consecuencia, pena y castigo, al paso que siempre puede ser preparación y disposición para el pecado mortal.

Dios, en efecto, no quería solamente corderos sin mancha e inmaculados, sino también sanos y sin ningún defecto; de otra manera, aun éstos rechazaba de su altar y los excluía de sus sacrificios. Escuchémoslo de su misma boca: «Si el animal es ciego, si estropeado, si tuviere matadura, berrugas, sarna, o empeines, no le ofrezcáis al Señor, ni hagáis quemar nada de él sobre el altar del Señor» (1). Y en el Deuteronomio se vuelve a repetir: «Pero si el primerizo tuviere alguna tacha, o defecto legal, si fuere cojo, ciego, o disforme en alguna parte del cuerpo, o estropeado, no será sacrificado al Señor, Dios tuyo» (2).

Si no tuviésemos otras razones para persuadirnos de que ninguna alma tibia puede ser al mismo tiempo alma eucarística, nos bastarían estas dos sentencias de los Libros Santos, que se completan mutuamente y manifiestan bien a las claras toda la intención de Dios.

II. ¿No puede decirse que, en todas y cada una de estas enfermedades indicadas por el Señor, está expresado y como figurado el estado de tibieza? ¿Por ventura, no es ésta defecto gravísimo, enfermedad morbosa y deformidad del espíritu? Y el alma tibia, ¿no es un alma espi-

(1) Lev. XXII, 22.
(2) Deut. XV, 21.

ritualmente ciega y coja, llena de sarna o de roña, un alma moralmente entorpecida en el camino del bien? Es verdad que vive todavía, porque se supone que tiene la gracia santificante, vida divina del alma; pero ¿qué vida es la que vive el alma tibia? Los Santos unánimemente han llamado a la tibieza *tísis* del espíritu. Ahora bien, ¿qué vida vive un pobre infeliz herido de este inexorable mal? Una vida que muy bien puede llamarse continua agonía, si no se quiere decir que es una verdadera muerte prolongada. Tal es, en un orden superior, la vida del alma tibia. No está muerta, porque llega todavía a evitar el pecado mortal, y, por tanto, a conservar aún la gracia santificante; mas está tan disipada, tan falta de fervor y tan relajada, que más parece espiritualmente muerta que viva.

Ahora bien, ¿cómo no rechazará Dios de su corazón a semejantes almas, cuando de su altar rechazaba semejantes víctimas? Si la vida eucarística es una de las formas más elevadas de la santidad cristiana, ¿cómo podrá vivirse por los que están llenos de imperfecciones y enfermedades espirituales? Son corderos, sí, pero ciegos, cojos, estropeados, enfermizos y disformes.

III. Hay otra razón que atemoriza aún más, y es esta: ¿cómo podrá ser objeto de delicias para el corazón de Dios lo que le es motivo de vómito? ¿Puede darse amenaza más terrible que la de ser vomitada por Dios?

Y ¿no fue hecha al alma tibia la amenaza de ser arrojada de la boca de Dios precisamente por causa de la tibieza? ¡Ah! qué saludable temor ha infundido en los santos la sentencia de Dios en el Apocalipsis: «Conozco bien tus obras, y sé que no eres frío ni caliente, y ojalá fueras caliente o frío; mas porque eres tibio y no eres frío ni caliente, comenzaré a arrojarte de mi boca: *incipiam te evomete ex ore meo* (1).

¿Cómo, pues, el alma así amenazada —y quizás arrojada ya de la boca de Dios—, podrá ser admitida entre las almas eucarísticas, en las que tiene Dios puestas todas

(1) Apoc. III, 15-16.

sus complacencias? ¿Confundiremos las espinas con las flores, la paja con el grano, el vinagre con el vino, la hiel con la miel?

IV. El alma eucarística es el verdadero *hortus conclusus*, el verdadero huerto cerrado del Señor, siendo su hermana y su esposa (1). Y ¡qué huerto tan delicioso es el alma eucarística! Ella misma invita al Espíritu Santo, «céfiro templado, a soplar en su huerto, a fin de que se esparzan sus aromas: *Venid, auster, perfla hortum meum, ut fluant aromata illius*» (2); ella misma, en un éxtasis de purísimo amor, invita al celestial Esposo, Jesús, «a venir a su huerto para comer del fruto de sus manzanos» (3), y «al plantío de las yerbas aromáticas, para recrearse en los vergeles, y coger azucenas» (4).

¡Es, en verdad, místico epitalamio, lleno de sinceridad, de pureza y amor!... Mas ponedlo en boca del alma tibia y relajada, y se convertirá al instante en mentira, en ironía, por no decir insulto a Jesucristo mismo; puesto que en el alma tibia no hay flores, sino espinas; no frutos, sino tallos secos, o a lo más, árboles estériles cubiertos sólo de hojas, como los árboles que dan sombra en los paseos públicos, o como la higuera ingrata, en la que Jesús «no halló más que hojas»: *Non invenit in ea nisi folia tantum* (1).

V. Y al paso que el divino Esposo, aceptando las invitaciones del alma eucarística y descendiendo a su corazón, le dice: «Ya he venido a mi huerto, hermana mía esposa; cogido he ya mi mirra con mis aromas; y he comido mi panal con la miel mía; bebido he mi vino con mi leche: Comed vosotros, oh amigos, y bebed, carísimos, hasta saciaros» (2); ¿qué dirá, en cambio, entrando como por fuerza en un alma tibia, especialmente si vive en ese estado desde hace mucho tiempo, y persevera en él obstina-

(1) Cant. IV, 12.
(2) Ib. IV, 16.
(3) Ib. V, 1.
(4) Ib. VI, 1.
(1) Mt. XXI, 19.
(2) Cant. V, 1.

damente? Me parece escuchar de los labios divinos la amenaza dada al infiel pueblo judío, simbolizado en la viña infructuosa: «Pues ahora os diré claramente lo que voy a hacer con mi viña: le quitaré su cerca, y será talada; derribaré su tapia, y será hollada. Y la dejaré que se convierta en un erial: no será podada ni cavada, y crecerán en ella zarzas y espinas, y mandaré a las nubes que no lluevan gota sobre ella» (3).

Y volviendo a la higuera estéril del Evangelio, ¿quién no recuerda, con saludable temor, la sentencia dada por el celestial Patrono a la simbólica higuera infructuosa: *Quid terram occupat? succide ergo illam:* «Córtala, pues; ¿para qué ha de ocupar terreno en balde?» (1) y la maldición lanzada contra la higuera verdadera, en la que, como se dijo, no halló sino solamente hojas: «Nunca jamás nazca de ti fruto. Y la higuera quedó luego seca» (2).

VI. Ni parezcan exageraciones. Los Santos hacen temblar cuando tratan de los daños que puede ocasionar el estado de tibieza. San Alfonso tiene palabras de fuego cuando habla de la tibieza de las almas que, por su estado, están obligadas a vida de perfección, como los sacerdotes, religiosos y religiosas. El mismo es el que refiere la famosa visión de los siete peñascos, tenida por el Bto. Enrique Susón. Viendo éste mucha gente sobre el primer peñasco, preguntó quiénes eran, y Jesús le respondió: «Estos son los tibios, que evitan el pecado mortal, pero se contentan con esto solamente». Y volviendo el Beato Enrique a preguntar si se salvarían, le fue respondido: «Si mueren sin culpa grave, se salvarán; mas están en mayor peligro de lo que creen; porque si lisonjean de poder servir a Dios y a los sentidos, lo que apenas es posible; y el perseverar así en gracia de Dios, es muy difícil».

El mismo San Alfonso narra, que un día el Señor dijo a la Beata Angela de Foligno: «Los que, iluminados por

(3) Is. V, 5-6.
(1) Lc. XIII, 7.
(2) Mt. XXI, 19.

mí para caminar a la perfección, quieren caminar por la vía ordinaria, serán de mí desamparados» (1). Y San Agustín dice: *Deus negligentes deserere consuevit:* Dios suele desamparar a las almas negligentes. Santa Teresa de Jesús (notadlo bien, digo *Teresa de Jesús*) vio en el infierno el lugar que Dios habíale aparejado, no porque ya lo hubiese merecido, sino porque lo habría merecido si no hubiera salido de cierto estado de tibieza en que había caído.

¡Ah!, no nos lisonjeemos, pues, de poder tener la gloria de las almas eucarísticas, sin tener su mérito y su fervor.

VII. Ni vale ser sacerdotes o religiosos; antes bien esta es la razón que nos debe estimular a tener lejos de nosotros la tibieza; porque si, por ventura, estuviésemos heridos de este mal, también nosotros, aunque sacerdotes o religiosos, seríamos indignos de la vida eucarística.

Nosotros, por nuestra dignidad, somos las águilas de la Iglesia; mas ¿de qué le vale al águila ser águila si tiene las alas cortadas, si está herida, atada o encerrada en una jaula? aunque sean de seda o de oro los hilos que la ligan; aunque esté adornada de perlas o de filigrana la jaula que la encierra... *Quid prosunt aquilae alae, capto pede?* Somos asimismo las flores del Líbano, flores escogidas; pero ¿no se lamenta también Dios, por boca del profeta Nahum, que aun las flores del Líbano se han marchitado: *Flos Libani elanguit?* (1); y por boca de Isaías, ¿no amenaza a las flores que caen; *Vae et flori decidenti?* (2). Somos también el oro de la Iglesia, pero ¡cuántas veces no hemos cantado en los Trenos de Jeremías: «Cómo se ha oscurecido el oro y mudado su color bellísimo!» (3).

Preguntádselo al pobre San Pedro cuán cara le costó una sola hora de tibieza en el huerto de los olivos. *Simon, dormis?* le había increpado el divino Maestro. Y cuando

(1) Cfr. *Selva predicable,* cap. V. Del daño de la tibieza en los sacerdotes; y *La Verdadera Esposa de esucristo,* cap. V y VI.
(1) Nah. I, 4.
(2) Is. XXVIII, 1.
(3) Lam. IV, 1.

éste fue preso y encadenado, Pedro no tuvo valor para desampararle, pero tampoco tuvo la fortaleza necesaria para quedarse junto a Él; escogió el partido de los tibios, y se puso a seguirle de lejos: *Sequebatur eum a longe.* Mas este alejamiento de su divino Maestro fue la ruina de San Pedro; bien pronto probó por propia experiencia la verdad de la sentencia divina que dice: *Ecce qui elongant se a te, peribunt:* «he aquí que los que de ti se alejan, perecerán» (4). Y pereció miserablemente San Pedro: del alejamiento pasó a la negación, de la tibieza al pecado mortal. Reflexiona muy bien San Ambrosio cuando dice: *Bene a longe sequebatur proximus negatur:* seguía bien a lo lejos, el que estaba próximo a la negación; pues no le habría negado, si hubiera permanecido cerca de su divino Maestro: *Neque enim negare potuisset, si Christo próximus adhaesisset* (1).

¡Qué enseñanza para nosotros!

VIII. Y aquí termino. Me parece haber demostrado suficientemente que, no sólo las almas en pecado grave, mas tampoco las tibias pueden pertenecer a las almas eucarísticas. Están excluidas por aquel Dios, que excluía de sus altares los corderos ciegos, cojos, estropeados, enfermizos y disformes; son arrojadas de aquel Corazón, que es provocado por la tibieza al vómito; condenadas por aquel Señor, que condenaba a ser cortada la higuera in fructuosa, maldecía la higuera rica sólo en hojas, y entregaba a la devastación la viña ingrata e infiel. No, no pueden ser amadas por Jesús las almas que son la causa de su disgusto, de su náusea, de su cólera y maldiciones.

Mas nosotros, oh Señor, no queremos permanecer en el estado lamentable a que nos ha reducido nuestra tibieza. ¿Por ventura, oh Jesús Sacramentado, han disminuido vuestro poder y misericordia? ¿No sois Vos aquel taumaturgo, de quien salía una virtud prodigiosa que sanaba a todos los que os tocaban? ¿No fue dicho de Vos, Jesús dulcísimo, que sanáis todas nuestras enfermedades:

(4) Ps. LXXII, 27.
(1) 1-10 in. Luc.

qui sanat omnes infirmitates tuas (1), y especialmente que sanáis a los de corazón contrito: *qui sanat contritos corde?* (2). Pues entonces: «Sáname, Señor, y quedaré sano: sálvame y seré salvo; pues que mi gloria eres Tú» (3).

¡Oh Espíritu Santo, Espíritu de Jesús! en mi alma y en todas las almas tibias que quieren llegar a ser eucarísticas: «Lava lo que está sucio, riega lo que está seco, sana lo que está llagado: doblega lo que está rígido, calienta lo que está frío, endereza lo que está torcido». Así ruega la Iglesia; así ruegan todas las almas deseosas del Espíritu Santo.

IX. *A priori*, pues, podemos establecer, que las almas pecadoras y las tibias, mientras permanezcan en ese estado, no serán nunca almas eucarísticas. Es indispensable que las almas eucarísticas sean almas justas y fervorosas, libres habitualmente de culpas graves y aun de pecados veniales deliberados, adornadas constantemente de las virtudes cristianas; en suma, verdaderos Cenáculos espirituales, como hemos probado en otro lugar de la primera parte.

Pero ahora pregunto: ¿todas las almas justas y fervorosas serán, por esto mismo, almas eucarísticas? Cierto que no. Y entonces, ¿qué haremos para conocer quienes son, entre las justas y fervorosas, las almas verdaderamente eucarísticas? Lo veremos, con las reglas positivas, en los siguientes capítulos.

CAPÍTULO III

PRIMERA REGLA POSITIVA

FE EUCARISTICA

I. Nada honra tanto a Jesús Sacramentado como la fe.

Mas, ¿qué es la fe? Es el asentimiento que nuestra mente, movida únicamente por la autoridad infalible de

(1) Ps. CII, 3.
(2) Ps. CXLVI, 3.
(3) Jer. XVII, 14

Dios, da a las verdades reveladas por Él, y como tales propuestas a nosotros por la Iglesia. Al alma creyente le basta saber que Dios verdaderamente ha hablado y lo ha dicho; segura de esto, no busca ni quiere ningún otro argumento. He ahí por qué Jesucristo, hablando con su Eterno Padre, se complacía, porque había encubierto los tesoros de su ciencia a los sabios y prudentes del mundo, y los había revelado a los pequeñuelos: *Et revelasti ea parvulis;* es decir, a las almas candorosas y a los corazones sencillos y humildes.

De cualquier alma creyente, que tenga fe sencilla, humilde y candorosa, como la de los niños, se puede hacer el elogio que Isabel hizo de María Santísima: *Beata quae credidisti:* «Bienaventurada tú que creíste» (1). La Virgen, en efecto, antes de concebir al Verbo de Dios en su seno, como Madre, lo concibió como creyente; antes de acogerlo en sus castísimas entrañas como Hombre-Dios, lo había recibido en su mente como Palabra del Padre. No creyó, porque fue Madre de Dios; sino que fue Madre de Dios, porque creyó; si no hubiese sido creyente, no hubiera sido Madre de Dios. Por eso Isabel, recibiéndola en casa, en el éxtasis de su agradecimiento, congratulándose con María, exclama en alta voz. *Beata quae credidisti...* «Bienaventurada tú que creíste, se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor». Isabel, pues, movida por el Espíritu Santo, no entona un cántico a la pureza de María, a su belleza, o a cualquiera otra de sus virtudes, sino solamente a la fe: *Beata quae credidisti...* «Si tú, oh María, no hubieses creído, no se hubieran cumplido en ti los designios del Altísimo».

Todo esto lo corfirmará solemnemente, más tarde, Jesucristo mismo, cuando, al escuchar este elogio: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron», al punto responda: «Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica» (1). Jesús con tal respuesta no pretende negar

(1) Lc. I, 45
(1) Lc. XI, 27-28.

la felicidad de María, como Madre, sino simplemente ensalzar su dicha, como creyente.

Pues bien, así como la Virgen es bienaventurada, porque ha creído; del mismo modo es bienaventurada el alma que por la fe escucha y pone en práctica la palabra de Dios.

II. Pero no toda fe es verdadera, ni tampoco viva; solamente la fe es viva y verdadera, cuando se cree únicamente porque *Dominus dixit*, porque Dios lo ha dicho o revelado. La fe que busca pruebas y razones no es pura, o por mejor decir, no es ya fe, como enseñan los teólogos.

Ahora bien, es precisamente esta fe pura la que, honrando altamente a la Divinidad, honra igualmente a Jesús Sacramentado. Sí, creer a Dios sólo por su palabra, sólo porque Él lo ha dicho, es el honor más noble y delicado que se le puede hacer. Si habla un amigo, maestro o padre, ¿puede dársele honor más grande, que dar fe ciega a su palabra? Dar fe ciega a la palabra de un hombre, es suponer en él cierta infalibilidad de juicio e impecabilidad de conciencia. ¿Se puede, pues, honrarle de manera más excelente que creyendo en su palabra? Todo esto sucede con Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar.

III. Creo que Jesús está allí, en la Hostia Santa, verdadera, real y substancialmente. ¿Quién me lo ha dicho? ¡su palabra! ¿quién me lo prueba? ¡su palabra! ¿quién me lo asegura? ¡su palabra! Pero mi razón no entiende nada de tal misterio; ¿quién podrá persuadirla y convencerla? ¡la palabra de Jesús! Mas mis sentidos lo niegan: lo niegan mis ojos que no ven más que la hostia; lo niegan mis manos que no tocan sino sólo la hostia; lo niegan mi lengua y mi paladar que no gustan otra cosa más que hostia; lo niegan mis rodillas que no quieren doblarse delante de una hostia. ¿Oh Dios!, ¿quién calmará las inquietantes exigencias de mis sentidos? ¡la palabra de Jesús!

Que esté allí, en la hostia, aun cuando sea un Judas el sacerdote que ha consagrado, o un sacrílego el fiel que comulga, ¿quién me lo asegura? ¡la palabra de Jesús! Aun cuando pérfidos e impíos profanen los santos Tabernácu-

los, y den las hostias consagradas a los perros... ¿quién me asegura que también entonces está allí Jesús! ¡su divina palabra! En suma, debo creer que donde hay hostias debidamente consagradas, allí está Jesús; porque siempre y en todas partes debo creer en su divina palabra.

Pero ¿si los Apóstoles, si la Iglesia se hubiesen engañado? Entonces nos habría engañado la palabra de Jesús. Y ¿si no fuese verdad lo que ha dicho y hecho Jesús en la última Cena? ¡Oh!, entonces Jesús sería el más grande de los embusteros y el mayor de los impostores.

¡Pero no, adorable Maestro, Vos no sois embustero: Vos no sois impostor! No habéis mentido cuando, bendiciendo el pan, dijisteis: *Tomad, y comed: esto es mi cuerpo,* y bendiciendo el vino, añadisteis: *Bebed, esta es mi sangre;* e instituyendo el sacerdocio católico, mandasteis a los Apóstoles: *Haced esto en memoria mía...* No, no nos habéis engañado con la augusta ceremonia de la última Cena; no fue impostura la institución de la santa Eucaristía, ni lo es la Misa, ni la sagrada Comunión... Dejadme más bien, Señor mío y Dios mío, que, postrándome a vuestros pies, exclame con Tomás de Aquino: *Credo quidquid dixit Dei Filius; nil hoc verbo veritatis verius:* «creo todo lo que ha dicho el Hijo de Dios; nada hay más verdadero que esta palabra de verdad» (1).

¡Atrás, pues, humanas pruebas; humanos argumentos, atrás! Jesús ha dicho: «Comed, este es mi cuerpo; bebed, esta es mi sangre; haced esto en memoria mía». Lo ha dicho Él, y basta su palabra: *Nil hoc verbo veritatis verius!* Y basta solamente la fe para confirmar un corazón sincero: *Ad firmandum cor sincerum, sola fides sufficit.* Y por esto, ¡cuánto honra nuestra fe a Jesús Sacramentado!

IV. Además de las bienaventuranzas que hemos tributado al alma creyente, es decir, la que Isabel dijo a la Virgen: *Beata quae credidisti;* y la que Jesucristo prometió a la mujer del Evangelio: «Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica», el

(1) Himno «*Adoro Te*».

alma creyente merece una tercera bienaventuranza: la declarada por el mismo Salvador al Apóstol Santo Tomás, cuando le dijo: «Has creído, ¡oh Tomás!, porque me has visto; *beati qui non viderunt et crediderunt:* bienaventurados los que sin haber visto han creído» (1).

Ahora bien, esta bienaventuranza es precisamente la de la fe eucarística; sí, este es el mérito y la gloria de nuestra fe en la verdadera, real y substancial presencia de Jesús en la Eucaristía.

Creyeron en Él los pastores de Belén; pero, *quem vidistis, pastores?* ¿a quién habéis visto, oh pastores?... y los pastores responden: al bellísimo Infante hemos visto, y melodías celestes hemos escuchado. Nosotros, en cambio, en el pesebre eucarístico, ni siquiera como Niño lo vemos, ni escuchamos otra melodía, que la de aquella palabra que repite: «Este es mi cuerpo».

Creyeron también en Él los Apóstoles; pero ¿cuántos milagros no vieron obrar al Taumaturgo Nazareno? Ciegos iluminados, paralíticos andando, leprosos limpios, muertos resucitados: *Crediderunt in eum, videntes signa quae faciebat:* «creyeron en Él, viendo los milagros que hacía» (1). Mas ¿qué milagros hemos visto nosotros obrar al Taumaturgo Eucarístico? ¿qué milagros para demostrar su presencia real? ¿cuáles para confirmarla? Un milagro solo nos hace creer en Jesús Sacramentado, el milagro de su palabra: *Credo quidquid dixit Dei Filius, nil hoc verbo veritatis verius.*

Creyó asimismo en Él el ladrón; mas sobre la cruz estaba escondida sólo la divinidad, *in cruce latebat sola Deitas;* pero se veía la augusta Víctima pendiente del patíbulo. *At hic latet simul et humanitas,* aquí, en cambio, en la Eucaristía, todo está oculto: humanidad y divinidad; oculto su rostro, su frente, sus ojos; todo está oculto. Y no obstante, también nosotros, confesándole verdadero hombre y verdadero Dios, le pedimos con insistencia el Paraíso que le pidió el ladrón.

(1) Jo. XX, 29.
(1) Jo. II, 23.

También creíste tú en Él, ¡oh Magdalena!; mas, *dic nobis, María, quid vidisti in via?* «Has visto vacío el sepulcro de Cristo que vive, y la gloria del mismo ya resucitado; has visto por testigos a los Angeles; has visto el sudario y los vestidos»... ¡Qué de cosas has visto, Magdalena! Nosotros, al contrario, no vemos nada: el sudario eucarístico no se rasga nunca; nunca lo hace visible a nuestros ojos. Y, sin embargo, también nosotros velamos, noche y día junto al Tabernáculo; también nosotros le amamos y le llamamos con el dulce nombre de *Rabboni, Rabboni!*

Finalmente, también creiste tú en Él, ¡oh Tomás!; pero después de cuánto escepticismo, después de cuántos reproches...

¡Oh Jesús dulcísimo!, *plagas silut Thomas non intueor,* no veo en Ti sacramentado las llagas, como Tomás las vio en tu cuerpo deificado: *Deum tamen meum te confiteor: Dominus meus et Deus meus!* Él ha creído en Ti, porque ha visto; nosotros creemos en Ti, y nada vemos, ni tocamos, ni gustamos; oímos solamente las palabras de la consagración, que es la de los Apóstoles, la tuya, eterna y omnipotente: *Credo quidquid dixit Dei Filius; nil hoc verbo veritatis verius.*

VI. Según lo que acabamos de decir, verdadera fe es la que cree a Dios sólo por su palabra; y verdadera fe eucarística la que cree a Jesús Sacramentado sólo por lo mismo. Cuanto más sencilla es la fe, tanto es más firme; cuanto más ciega, tanto más verdadera.

Sin embargo, todo esto es propio de cualquier alma cristiana; y entonces, ¿cómo es que hemos indicado la fe eucarística como regla para conocer a las almas eucarísticas? Responde Santiago Apóstol: «¿De qué servirá, hermanos míos, el que uno diga tener fe, si no tiene obras? La fe, si no es acompañada de obras, está muerta en sí misma» (1). El Apóstol hablaba ciertamente de la fe teológica, necesaria para la justificación, y decía que, sin las obras, no basta, porque está muerta. Ahora bien, aplicán-

(1) Jac. II, 14, 17.

dolo a la fe eucarística, decimos que no basta creer en Jesús Sacramentado, sino que es necesario además que esta fe en Él esté acompañada y demostrada por las obras, sin las que la misma fe eucarística no es ya fe viva, sino muerta. También los demonios *credunt et contremiscunt* (2): creen y se estremecen; y por eso ¿son almas eucarísticas? ¿Son almas eucarísticas tantos pobres cristianos, los cuales creen en Jesús Sacramentado, y, sin embargo, no reciben, ni siquiera en Pascua, la santa Comunión?

Así como es mentiroso, según la enseñanza del Apóstol San Juan, el cristiano que dice conocer a Dios, pero no observa sus mandamientos; así también no es verdadera alma eucarística la que dice creer en Jesús Sacramentado, pero con su manera de portarse lo contradice. Y ¡de cuántas almas, en orden a la santa Eucaristía, se puede repetir la afirmación de San Pablo a Tito: «Manifiestan conocer a Dios, mas le niegan con las obras!» (3).

VII. Por eso, para hacer que la fe eucarística sea regla exacta para distinguir las almas eucarísticas, basta poner en práctica la consecuencia que San Gregorio saca de las sobredichas palabras de los Apóstoles. «Siendo así, reflexiona el santo Doctor, debemos reconocer la verdad de nuestra fe en la consideración de nuestra vida. Porque entonces sólo somos verdaderos fieles cuando, lo que prometemos con las palabras, cumplimos con las obras» (1).

El alma, pues, que quiera seriamente conocerse, pida con fervor luz al Señor, se recoja en sí misma, y haga un severo examen de conciencia eucarístico. El mismo San Pablo nos invita a hacer prueba de nosotros mismos, si estamos en la fe; a probarnos y examinarnos a nosotros mismos: *Vosmetipsos tentate, si estis in fide: ipsi vos probate* (2).

La fe viva se manifiesta especialmente en el respeto grande al Señor y a todo lo que a Él se refiere mediata

(2) Ibib. II, 19.
(3) Tit. I, 16.
(1) Io, Evan Homil., 29.
(2) 2 Cor. XIII, 5.

o inmediatamente. Pues bien, ¿cómo entramos nosotros en la iglesia? ¿cómo estamos en la presencia del Augustísimo Sacramento del altar? ¿cómo asistimos a los divinos misterios, particularmente a la santa Misa y a las demás funciones? En una palabra, ¿de qué grado de respeto está penetrado nuestro espíritu todas las veces que nos hallamos en la casa del Señor, en compañía de los Angeles?... ¿Cuáles son nuestras preparaciones y acciones de gracias para la santa Comunión? ¿cuánto tiempo empleamos? ¿qué esfuerzos hacemos para recibir a Jesús lo menos indignamente que sea posible, y para sacar fruto abundante de la sagrada Comunión?... Además de las Misas de obligación, ¿oímos alguna otra? ¿en el curso del día hacemos alguna visita a Jesús Sacramentado? y ¿cómo nos portamos en estas visitas a nuestro buen Dios «que por amor de los hombres permanece noche y día en el Sacramento de su amor, esperando, llamando y recibiendo a todos los que vienen a visitarle?» ¿Tenemos alguna vez, durante el día, ardientes deseos de unirnos a Él, de recibirle en nuestros corazones, haciendo comuniones espirituales?...

Y ya que toda virtud es sometida por Dios a la prueba, porque ésta determina y hace conocer su valor real; en las pruebas de la vida, en las desventuras, en las aflicciones, ¿somos solícitos en recurrir a Jesús Sacramentado? ¿cómo le hablamos entonces? ¿cómo le rogamos, cómo esperamos en Él?... Y cuando las pruebas vienen de parte del mundo incrédulo, mofador y farisaico, ¿somos alguna vez tan débiles, que permitimos que sentimientos de hipocresia o de respetos humanos vengan a profanar nuestros deberes eucarísticos? ¿Nos avergonzamos alguna vez de ser fervorosos adoradores de la divina Eucaristía, irreprochables y respetuosísimos en todo lo que a ella se refiere?...

VIII. Y no hablo de los sacerdotes; porque ¿no deberían ser ellos, por razón de su dignidad y oficio, las más verdaderas y perfectas almas eucarísticas? ¿No son los sacerdotes los legítimos ministros de la Eucaristía, los verdaderos *Parentes Christi,* como los llamó San Bernar-

do? ¿No toca, por tanto, a los mismos, con preferencia a los simples fieles, ser los más enamorados del Santísimo Sacramento, los ángeles y apóstoles de la Eucaristía? ¿No son ellos los que forman las almas eucarísticas? Y si un sacerdote no es alma eucarística, ¿qué será?...

Mas, si las obras eucarísticas son las que demuestran la fe eucarística, y ésta a su vez la que da a conocer las almas enamoradas, consideremos, venerables hermanos sacerdotes, como dichas particularmente a nosotros las palabras del Apóstol: *Vosmetipsos tentate, si estis in fide: ipsi vos probate.* Y especialmente examinémonos acerca de la preparación, celebración y acción de gracias de la santa Misa.

No me atrevo a decir más a los venerables hermanos míos en el sacerdocio; únicamente me parece oportuno recordarles que, en cuanto a los ritos y ceremonias de la Iglesia, Santa Teresa estaba dispuesta a dar la vida, antes de ver quebrantada una sola, especialmente en la santa Misa. ¡Oh!, ¡qué bien sabían los Santos aprender, practicar y traer, de tiempo en tiempo, a la memoria los ritos y ceremonias de la Iglesia; anotar y observar las nuevas prescripciones!... Podemos igualmente ser nosotros como los santos, sacerdotes; y si no sabemos imitarlos, sepamos al menos confundirnos y temblar recordando sus ejemplos.

IX. Amados lectores, acaso en este examen eucarístico de conciencia haya hecho muchas preguntas; mas ¡cuántas habrán quedado por hacer! Cada respuesta que a ellas déis, arrojará un rayo de luz sobre vuestra fe eucarística. Mucho más si advertís que, según la sentencia del Apóstol: «El justo vive por la fe» (1).

Mi fe, mi vida, dice sabiamente todo cristiano: mi fe, mi vida repite el alma enamorada de la Eucaristía, en la certeza absoluta de que la vida eucarística demuestra la fe eucarística; y ésta hace conocer con precisión el estado eucarístico de cada una de las almas. De manera que, si el examen de conciencia indicado os deja el cora-

(1) Hebr. X, 38.

zón humildemente satisfecho y contento, dad gracias al Dador de todo bien, refiriendo a Él sólo, vuestra suerte y felicidad y no cesando nunca de repetir el cántico del agradecimiento de la celestial Madre: *Magníficat anima mea Dominum!... Fecit mihi magna qui potens est!...* Si, por lo contrario, después del examen queda vuestro espíritu saludablemente humillado y descontento, entonces no os canséis de dirigir a Jesús la ardiente súplica de los Apóstoles: «Señor, auméntanos la fe»: *Et dixerunt Apostoli Domino: adauge nobis fidem* (1); y como el padre del niño endemoniado, bañados en lágrimas, exclamad también, diciendo: *Credo, Domine: adjuva incredulitatem meam* (2): «Oh Señor! Yo creo; ayuda Tú mi incredulidad».

X. Y verdaderamente, ¿qué es nuestra fe comparada con la de los Santos? Por los ejemplos referidos en el curso de la obra y por otros, que todavía referiremos, se puede concluir que todos los Santos, por su ardiente fe eucarística, merecen el elogio hecho por nuestro divino Salvador a la Cananea: «Oh mujer, grande es tu fe»: *Mulier, magna est fides tua* (3). Sí, verdaderamente grande es vuestra fe, oh almas santas eucarísticas: *magna est fides vestra!*

Un día, celebrándose los divinos Misterios en la capilla real de San Luis IX, Rey de Francia, sucedió que, alzando el sacerdote la santa Hostia, ésta se transfiguró, y apareció Jesús Niño en las manos del sacerdote. El prodigio continuaba; mas el santo Rey, indispuesto aquella mañana, había permanecido en sus habitaciones. Entonces un paje corrió presuroso a llamarle, para que viniese a gozar de aquel espectáculo divino. «Vos me ofendéis, contestó luego Luis IX; ¿pues qué? ¿por ventura no he creído siempre que mi Señor Jesucristo está realmente en la Hostia santísima? Andad a llamar a quien no lo crea; mi fe no tiene necesidad de visiones». Y no fue, conten-

(1) Lc. XVII, 5.
(2) Mc. IX, 23.
(3) Mt. XV, 28

tándose con adorar desde la habitación a su Dios sacramentado.

El mismo hecho sucedió con Simón de Montfort, e idéntica fue la respuesta dada por el piadoso y valeroso capitán.

Y ¿no llamaremos milagro de fe a la preparación que hicieron para la primera Misa San Francisco Javier y el glorioso Patriarca San Ignacio de Loyola? Juntos se ordenaron de sacerdotes, en Venecia, el 24 de junio de 1537. San Francisco celebró la primera Misa después de casi dos meses de retiro, pasados en fervorosa oración, altísima contemplación y rigurosísimas penitencias; y la celebró derramando abundantes lágrimas, haciendo lo mismo todo el resto de su vida. San Ignacio la celebró por primera vez en Roma, en el altar del Pesebre de Santa María la Mayor, el día de Navidad de 1538, es decir, después de año y medio de preparación.

Dejad, pues, que lo repita de nuevo: ¿qué es nuestra fe comparada con la de los Santos?

XI. Y si, según la afirmación del Salvador, *Omnia possibilia sunt credenti:* «todo es posible para el que cree» (1), ¿qué maravilla que los Santos con la fe eucarística obraran milagros y sacaran de ella fuerza tan portentosa?

Santa Germana de Pibrac, la piadosa pastorcita del mediodía de Francia, cuando oía sonar la campana de la iglesia, corría anhelosa a recibir a su Amado sacramentado. Al principio no se atrevía a hacerlo todos los días por temor de dejar solas las ovejas; pero después, inspirada por Dios, antes de irse a la iglesia, reunía su rebaño, y clavando en medio el cayado, encomendaba las ovejas a los Angeles, y se marchaba tranquila. Y su cayado bastaba para poner en fuga a los lobos. Aun más: para ir a la iglesia, debía atravesar un arroyo. Cierto día por la abundancia de las lluvias, lo encuentra tan crecido, que parecía un río impetuoso, haciéndose imposible el pasarlo; pero no se desanima la humilde pastorcita; levanta los

(1) Mc. IX, 22.

ojos al cielo, escucha la voz de Jesús, que la llama, y se adelanta intrépida sobre las aguas, pasándolo a pie enjuto; y lo mismo hace a su vuelta, después de haber recibido la santa Comunión.

Santa Clara de Asís —como hemos referido en la primera parte—, presentando el Santísimo en la custodia, pone tanto desorden y espanto entre las hordas feroces de los Sarracenos, que se dan precipitadamente a la huida.

San Antonio de Padua, para desenmascarar la perfidia de los herejes, hace se arrodille milagrosamente delante del Santísimo el hambriento jumento. ¡Oh, qué ardiente fe eucarística, Dios mío!

XII. *Omnia possibilia sunt credenti!* San Lorenzo de Brindis, en los últimos días de su vida, no pudiendo andar ni moverse por los dolores agudísimos de gota, se ve constreñido a permanecer inmóvil en el lecho. Pero ¿cómo dejar la Santa Misa? El tiene fe en Jesús, y se hace llevar en brazos al altar, y, apenas comienza a vestirse los ornamentos sagrados, le cesan los dolores y celebra sin dificultad alguna el divino Sacrificio. Terminado el cual, torna a ser molestado al instante por los dolores; y de nuevo es llevado en brazos al lecho.

El mismo hecho prodigioso sucedía a San Pedro Claver, a quien cesaban los padecimientos y el temblor convulsivo de todo su cuerpo sólo mientras celebraba la santa Misa.

De la misma manera el B. Angel de Acrio y el siervo de Dios, P. Hilarión de Bivona, capuchinos, que habían quedado completamente ciegos en los últimos días de su vida, recuperaban la vista en el instante que comenzaban el santo Sacrificio; veían sólo lo que era necesario para celebrarlo; y, terminada la Misa, volvían a perder la luz de sus ojos.

XIII. *Omnia possibilia sunt credenti!* San José de Calasanz llega de noche a Norcia para visitar a sus religiosos. Es muy entrada la noche y están ya cerradas las puertas de la ciudad y las de su casa; pero arde en deseos de visitar a Jesús Sacramentado, y no sabiendo ni

queriendo esperar mucho tiempo, a puertas cerradas, entra en la ciudad y en la iglesia de su convento.

Otra vez, en Roma, estando ya revestido para celebrar la Misa, el hermano sacristán advierte que no hay más velas que dos cabos de cera no suficientes para toda la Misa. Mas el Santo halla pronto un remedio excelente y facilísimo! toma en las manos aquellos dos cabos de cera; los estira y alarga, y son suficientes, no sólo para aquél, sino también para muchos días.

Del mismo modo, en Naro, su patria, cuando el siervo de Dios, P. Lucas, capuchino, se dirigía al altar para celebrar, al hermano lego que le servía, se le cayeron de las manos las vinajeras y se hicieron pedazos. No hubiera sido suceso de importancia si pronto hubiesen podido sustituirse por otras; mas no podía, en efecto, hacerse tan pronto. Entonces el P. Lucas posa el cáliz, toma en la mano los pedazos de vidrio, hace sobre ellos la señal de la cruz, y las vinajeras tornan a ser tan nuevas como antes.

En nuestro convento de Plasencia, una noche se encontró apagada la lámpara del Santísimo; y lo que es peor, no había fuego, ni fósforos, ni manera alguna de volverla a encender. Estaba allí el P. Francisco de Milán, maestro de novicios, quien, viendo la confusión de los religiosos, se postra delante del Santísimo, ora un poco, después toca con el dedo el pábilo, y la lámpara se enciende al instante.

XIV. *Omnia possibilia sunt credenti!* San Clemente M. Hofbáuer, Redentorista, hallándose en gravísimas angustias él y sus hermanos de religión, no sabiendo ya qué hacer, se dirige a la iglesia, ora delante de Jesús, se levanta, sube las gradas del altar y, golpeando amorosamente a la portezuela del Tabernáculo, pide remedio al Dios de las riquezas. Apenas había acabado de hacer esto, cuando he aquí que entra en la iglesia un señor, que le entrega una grande suma de dinero.

También delante del Santísimo Sacramento la fe de este Santo sufrió otra grande prueba. Oraba cierto día fervorosamente recitando el salmo 87. Llegando a aque-

llas palabras que dicen: «Yo viví pobre, y criéme en trabajos desde mi tierna edad: no bien fui ensalzado, cuando me vi humillado y abatido», sintió que le golpeaban la espalda. Se detiene, reflexiona un poco, y he aquí que de nuevo siente le golpean. Comprende ser esto un aviso del Señor; adora sus designios amorosos, y se ofrece en holocausto. Al día siguiente, en efecto, él y sus religiosos recibieron el decreto de expulsión, que los arrojaba de Varsovia, donde aconteció el hecho.

XV. *Omnia possibilia sunt credenti!* Pero ¿cómo se podrán mencionar todos los milagros de fe y confianza en la Eucaristía, que se leen en las vidas de los Santos?...

En París, el Deán de la Catedral niega la Comunión a aquel ángel de la Eucaristía, la señorita Desmaisieres, la futura Santa Micaela del Sacramento, fundadora de las Esclavas del Santísimo Sacramento, diciendo que en la metrópoli causaba admiración la Comunión diaria. Obedece la Santa y se resigna; pero va a desahogar su pena delante del Santo Tabernáculo. Mientras se deshace en lágrimas, siente que le golpean ligeramente la espalda; era el Deán, que le dice: «Vaya a comulgar, hija mía, pues he tenido gran pena al negarle la Comunión». Y, desde entonces, la llamaba «la acariciada del buen Dios».

En Madrid, el Párroco quería quitar a toda costa el Santísimo Sacramento del primer colegio que ella había ya abierto. Acerca de este hecho escribió la Santa más tarde: «El Párroco me hería en lo que de más caro tengo en el mundo: el Santísimo Sacramento, que entonces llamaba mi pasión dominante, y que hoy puedo decir mi delirio, mi locura...» Pero al entrar el Párroco en la capilla para llevarlo, le faltan las fuerzas, se conmueve y se echa a llorar también él. «Lo dejo, exclama, no tengo valor para llevarlo; usted sabe tenerlo prisionero».

Y ¡cuántas veces, aun en las necesidades cotidianas de la vida, fue milagrosamente provista por el Señor! Oigámoslo: «Un día, a las once, no había nada en casa para la comida, y yo no tenía un céntimo. Dieron las doce, mientras yo lloraba postrada al pie del altar. Di entonces un golpecito a la puerta del Tabernáculo, diciendo: ¡Mi

Señor y mi Dios, mirad, no tenemos qué comer!... y lloraba amargamente. En este momento llama a la puerta un religioso que venía de Filipinas; visitó la casa y dejó 640 reales en oro. Al instante el colegio tuvo una comida exquisita. Esta, continúa la Santa, no fue la única vez que llamé a la puertecita del Tabernáculo; y ni siquiera una vez el Señor me dejó sin socorro».

Ni era sola Santa Micaela la que acostumbraba a llamar a la puerta del Sagrario, sino que otros muchos grandes siervos de Dios llamaron también, y les fue abierta.

XVI. De esta manera, para citar otro ejemplo, San Gerardo Maiella, presentó un día una súplica escrita a Jesús Sacramentado en que pedía limosnas, porque el superior de la iglesia de Materdomini, donde sucedió el hecho, debía suspender ciertas obras por falta de dinero. Puso la súplica sobre la mesa del altar, y después, con su acostumbrada ingenuidad, fue a llamar a la puerta del santo Tabernáculo, diciendo: «Señor, aquí ponemos una súplica; toca ahora a Vos responder». Llegaba el sábado, en el que se debía pagar a los obreros, y el Hermano Gerardo pasó la noche del viernes en oración. Al amanecer del sábado, vuelve a llamar a la puertecita del Sagrario, solicitando ardientemente la caridad de Jesucristo. No había terminado su petición, cuando oye tocar a la portería; corre el siervo de Dios, y detrás de la puerta encuentra dos sacos de dinero.

Pero basta ya de ejemplos, pues no quiero hacerme demasiado largo y monótono; y volvamos a tomar el hilo del asunto.

XVII. San Pablo invitaba a los hebreos a imitar los ejemplos y la fe de los venerables maestros, por quienes habían sido regenerados e instruidos; «de los que, decía, considerando el fin dichoso de su vida, habéis de imitar la fe». Pues del mismo modo invito también yo a todas las almas a imitar los ejemplos y la fe eucarística de los Santos. Si ellos llegaron a ser verdaderamente hombres llenos de fe, *viros plenos fidei*, ¿por qué no hemos de llegar también nosotros? No habríamos, al menos, de merecer el reproche dado por Jesucristo a sus Apóstoles,

llamándolos hombres de poca fe: *Quid timidi estis? necdum habetis fidem?* «¿de qué teméis? ¿cómo no tenéis fe todavía?» Es cierto que, como el Salvador dijo a los ciegos, curándolos: «Según vuestra fe, así os sea hecho: *secundum fidem vestram fiet vobis* (1); así también, según nuestra fe eucarística, obrará Jesús Sacramentado en nosotros. Y no olvidemos que nuestra vida eucarística será tal, cual nuestra fe eucarística; y nuestra fe, a su vez, recibirá de las obras eucarísticas su firmeza y valor.

¡Oh almas que aspiráis al Sacramento del amor! prestad atención a las dulces palabras que frecuentemente cantáis con la Iglesia: *Ad firmandum cor sincerum sola fides sufficit:* para confirmar un corazón sincero, la sola fe basta. Supla, pues, la fe el defecto de los sentidos: *praestet fides supplementum sensuum defectui.* Y después de haber exclamado con San Pablo: «Yo vivo, o más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí»; oh almas eucarísticas, añadid con el mismo Apóstol: «Y la vida que vivo ahora en esta carne, *in fide vivo Filii Dei,* la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (1).

Ahora bien, cuanto más un alma está llena de fe, tanto más delicada es. Sí, la delicadeza de un alma prueba la firmeza de su fe. La fe, pues, eucarística lleva a la delicadeza eucarística; ésta es flor hermosísima de aquélla, y por eso, es necesario hablar de ella en capítulo aparte.

Capítulo IV

SEGUNDA REGLA

DELICADEZA EUCARISTICA

I. Suele decirse que la fe es el ojo sobrenatural del alma. Pues bien, cuanto más fuerte es una pupila, tanto más penetrante es su mirada; por lo cual, una fe fuerte

(1) Mt. IX, 29.
(1) Gal. II, 20.

como la de los Santos, ve sombras donde una fe ordinaria no ve más que luz; descubre manchas donde ésta no ve más que blancura; y halla defectos donde ésta no encuentra más que perfecciones. El Salmista dijo: *Accedite ad eam, et illuminamini*, «acercaos al Señor y os iluminará» (1). Ahora bien, nada nos aproxima tanto a Dios, cuanto la fe, vivificada por la caridad; y nada, por tanto, como la fe viva, nos ilumina: las pupilas de una fe viva son como pupilas de águila que se fijan en el sol.

Mas, debiendo todo cristiano regularse según la luz de su fe, se sigue que a una luz más potente corresponderá una vida mejor: vida perfecta a perfecta luz; delicadeza de conciencia a delicadeza de fe. Y así es, porque, como hemos ya dicho, las pupilas del alma iluminada por una grande fe descubren fácilmente todas las manchas del espíritu, todos los defectos e imperfecciones.

Esto cabalmente sucede al alma eucarística, la cual por su fe vivísima, tiene pupilas de águila; y por eso percibe minuciosamente la menor sombra en todo lo que atañe a la sagrada Eucaristía, y, queriendo conformar su vida con su fe, llega por esto mismo a conseguir una delicadeza propiamente angélica.

II. Está escrito: «En el interior está la principal gloria de la hija del rey» (1); y al interior ordenan todos sus cuidados las almas que viven de la Eucaristía y para la Eucaristía. Su interior está lleno de los esplendores de Dios y de la felicidad del cielo; de donde todo, allá dentro, en lo más íntimo de sus almas, es luz sin sombras, armonía sin disonancia, tranquilidad sin turbación. Las rosas brotan allí sin espinas; los lirios crecen sin mancha; y germinan todas las flores sin marchitarse.

De muchas de estas almas, pertenecientes a todo sexo, grado y condición, ha dicho solemnemente la Iglesia que fueron ángeles en carne, u hombres sin carne, como lo

(1) Ps. XXIII, 6.
(1) Ps. XLIV, 14.

dijo de Luis Gonzaga (1). Y la razón es porque estas almas escogidas se consideraban como seres consagrados a Jesús Sacramentado; por lo que, si les hubiera sido posible, habrían querido conseguir la santidad, la delicadeza, la fineza misma de Jesús, pues ¿no dijo Él mismo: «Aprended de mí... venid en pos de mí... haced como yo he hecho?» ¿No añade también Él: «Sed perfectos así como es perfecto mi Padre que está en los cielos?»

Y las almas eucarísticas a este fin han enderezado sus esfuerzos: a purificarse, a transformarse sin descanso, todos los días, a cada hora y a cada momento.

III. Según es la fe, así es la vida. Ahora bien, la fe eucarística ve que todo es inmaculado en Jesús y en rededor del Sacramento de su amor. Inmaculado es el divino Cordero; y Hostia pura, santa e inmaculada es llamado por la Iglesia; Inmaculado, dice San Pablo, que fue también el sacrificio que Jesús ofreció al Eterno Padre: *Seipsum obtulit immaculatum Deo* (2); y así como eran inmaculados los corderos figurativos del rito antiguo, así también es llamada inmaculada la religión del divino Cordero (1); sin mancha y sin defecto, santa e inmaculada su Iglesia (2), como toda hermosa y santa es su Madre Inmaculada.

Y ¿puede darse perfección más delicada y delicadeza más perfecta, que ser inmaculados, por lo menos, en cuanto cabe en nuestra pobre naturaleza? Pues bien, hablad ahora vosotras, oh almas que vivís de la Eucaristía: con la gracia especial de Dios, ¿a qué cosas aspiráis realmente? «Aspiramos, responden, *ut essemus sancti et immaculati, in conspectu ejus,* como quiere el Apóstol: «a ser santos y sin mancha en la presencia de Jesús» (3). ¿Por qué usáis de tantas cautelas? Para conservarnos libres de la corrupción de este siglo, según el deseo de

(1) «Homo sine carne, aut angelus in carne, merito fuit appellatus». Así dice el Breviario en su fiesta, 21 de junio.
(2) Hebr. IX, 14.
(1) Jac. I, 27.
(2) Eph. V, 27.
(3) Eph. I, 4.

Santiago: *Immaculatum se custodire ab hoc saeculo* (4). Y tantos cuidados y solicitud, ¿a qué fin los enderezáis? No solamente a presentarnos «santos, sin mancilla e irreprensibles delante de Él» (5), sino, de hecho, como nos ruega encarecidamente San Pablo, «a hacer lo posible para que el Señor nos halle sin mancilla, irreprensibles y en paz»: *Satagite immaculati et inviolati ei inveniri in pace* (6). De manera que, oh alma enamorada de Jesús, ¿con este fin elevas a Él tus súplicas? Sí, con el Salmista yo ruego incesantemente: «Haz, Señor, que mi corazón se conserve puro en *la práctica* de tus mandamientos»; y con Cecilia: «Haz, oh Señor, que mi corazón y mi cuerpo se conserven siempre puros, para que no quede confundida».

IV. Y para conservarse puras, las almas eucarísticas, después de la Comunión, ningún sacramento tanto aman y frecuentan como la santa Confesión: el sacramento, que nos hace y conserva inmaculados y puros.

¡Oh, con cuanta frecuencia se confesaban los Santos, y con qué fervor lo hacían! Al verlos todos bañados en lágrimas a los pies del confesor, se les habría tenido por los más grandes pecadores, cuando en realidad eran los más grandes amigos de Dios. Muchos de ellos, para prepararse mejor a recibir la Comunión, se acercaban diariamente al tribunal de la Penitencia; y tenían esta santa costumbre, no discípulos escrupulosos, sino maestros sapientísimos, como Tomás de Aquino y Francisco de Sales. ¡Ah, es que nada resonaba con tanta fuerza en el corazón de los Santos, como las palabras augustas dichas y repetidas frecuentemente por Dios en el antiguo Testamento: *Sanctificamini, lavamini, et mundi estote:* «santificaos, purificaos y sed limpios»; y por eso, se purificaban y lavaban los Santos, según los deseos de Dios, la luz de la fe, que los iluminaba, y sus propias fuerzas.

Noble y delicada es la expresión del amabilísimo San Francisco de Sales: «Si supiese que en mi interior existía

(4) Jac. I, 27.
(5) Col. I, 22.
(6) 2 Petr. III, 14.

una sola fibra que no fuese para Dios, quisiera luego arrancarla». Y añadía: «Quiero que en mi corazón todo sea consumido, para que pueda ser del todo consagrado a Él». Mas el santo, que fue y será siempre verdadero dechado de humildad y delicadeza eucarísticas, es el que, a la vista de la ampolla de agua purísima que le presentó un Serafín, y que simbolizaba la santidad sacerdotal, no se atrevió a llegarse al sacerdocio, y prefirió permanecer perpetuamente siendo Levita; fue Francisco de Asís, aquel cuya vida

Meglio in gloria del ciel si cantarebbe (1).

V. Tanta delicadeza de vida íntima, en los Santos, se traslucía al exterior, como la misma fe, de la que la delicadeza es rayo luminoso; y como se esforzaban en purificarse y transformarse interiormente, el mismo empeño ponían en purificarse y transformarse también exteriormente.

Así omo el árbol todos los inviernos se despoja de las hojas viejas, y en las primaveras se reviste de nuevo follaje y de nuevas flores; de igual modo las almas, mediante la gracia y la vida eucarística, de año en año, de primavera en primavera, van despojándose de las hojas marchitas, es decir, de lo que es imperfecto, y se renuevan en el espíritu, adquiriendo nuevo vigor y lozanía. No es ya posible que de su boca salgan palabras poco decentes o delicadas; que en ellas se noten actos o gestos inciviles, ni torpezas, ni groserías; en una palabra, nada que, aun humanamente hablando, sea indigno de Jesús.

La educación y urbanidad son flores de la religión: cuanto más religioso es uno, tanto es más educado y atento. Pero, ¿quién más religioso que un alma eucarística? Osaré decir que, como hay vida eucarística, hay también urbanidad eucarística, resultancia de un conjunto de cumplimientos, atenciones y finezas, que honran el sentimiento y la presencia en nosotros de Jesús Sacramentado.

Mas la urbanidad del alma eucarística no es solamen-

(1) Dante, *Parad.* XI, 96.

te la urbanidad del cristiano, sino la urbanidad de Jesucristo.

VI. Porque es cierto, que el alma, poco a poco, llega a tal grado de perfección, que sea que esté sentada, sea que camine; ora coma, ora duerma; ya ría, ya llore; en casa y fuera de casa (mucho más en la iglesia); sola o acompañada; sus discursos, porte y maneras son siempre y en todo lugar *Christi bonus odor,* buen olor de Jesús, de religión y educación, buen olor de la Eucaristía. Y toda esta cortesía, no por otros motivos, sino por uno solo, esto es, por su fe viva, delicada y ardiente, que siempre y en todas partes la penetra, y continuamente le dice: «¡Está atenta!... eres de Jesús... estás con Jesús... eres tú misma Jesús... ¡atenta!»

He ahí porqué la humildísima discípula del Sagrado Corazón, Santa Margarita María de Alacoque, dice: «Mi soberano Señor no ha cesado nunca de reprenderme directamente de mis faltas y de hacerme conocer su fealdad. Lo que más le desagrada y de lo que me ha reprendido siempre con mayor severidad, es la falta de atención y de respeto en presencia del Santísimo Sacramento, especialmente en el tiempo del oficio y de la oración. ¡Ay de mí! De cuántas gracias no me he privado por una distracción, por una mirada curiosa, por una postura más cómoda y menos respetuosa» (1).

VII. ¡Qué fineza, además, de pensamiento, de sentimiento y de trato tenían los Santos para todo lo que se refería a la Eucaristía! Nada fue pequeño a sus ojos; y por eso, nada descuidaban, y mucho menos despreciaban. Y así comprendo por qué la gran Teresa de Jesús estaba dispuesta a recibir el martirio, antes que ver omitida la más pequeña ceremonia de la Santa Misa. ¡Qué fe, Dios mío!

El santo Cura de Ars acostumbraba a recitar el oficio divino, en la iglesia, arrodillado delante del Tabernáculo, sin ningún apoyo, con el breviario en la mano, la compostura de un ángel y el recogimiento de un querubín. Ya

(1) Vida cit. 95.

el pueblo estaba persuadido de que su santo pastor veía con los ojos del cuerpo a Jesús en el Sacramento de su amor.

San Francisco de Sales, estando en la iglesia, no se atrevía a ni siquiera a espantar las moscas; y prefería alguna vez que le hiciesen aun sangre en la cabeza, que la tenía calva, antes que faltar a la reverencia debida al Santísimo.

Y ¿qué decir de la compostura y arrobamiento con que San José Benito Labre estaba siete y hasta ocho horas, inmóvil como una estatua, delante de su Amor sacramentado? Y no eran sólo moscas las que tenía sobre sí, sino otros buenos atormentadores.

El mansísimo San Vicente de Paúl se afligía y ardía de celo, cuando veía hacer mal las genuflexiones delante del Santísimo; genuflexiones, que él llamaba de *muñecos*.

San Conrado, Obispo de Constancia, tanto respeto tenía a los dedos índices y pulgares, que se pudiesen quitar y poner fácilmente, a fin de tocar con ellos solamente la carne del Salvador.

VIII. Hay más todavía: San Wenceslao, Rey de Bohemia, por sí mismo preparaba el terreno, sembraba el grano, lo recogía, molía y pasaba por el tamíz y de la flor de la harina preparaba el pan que había de servir para el divino Sacrificio.

Así también, Santa Radigunda, primero Reina de Francia y después pobre religiosa, se consideraba feliz en poder moler por su mano el trigo escogido para la santa Misa, y proveía de él gratuitamente a las iglesias pobres.

Sor María Luisa de Jesús, fundadora de las Hijas de la Sabiduría, hija espiritual del Beato Luis María Grignon, preparaba con sus manos las partículas con tanto respeto y delicadeza, que bastaba que fuesen tocadas de un soplo o del aliento, para considerarlas como profanadas y ponerlas aparte. Quería para sí sola el oficio de cortarlas y disponerlas en el copón; lo que hacía siempre arrodillada, recitando un *Pater* y *Ave María* por las personas que las habían de recibir en la santa Comunión.

Y ¡qué cuidado tenían también los Santos de adornar con flores, recién cortadas, el altar del Señor!

Había cantado San Alfonso:

«Cuanta es vuestra dicha, oh flores, que estáis
de Jesús tan cercanas, noche y día;
siempre a su lado, nunca le dejáis
hasta morir allí en su compañía».

IX. San Francisco de Jerónimo con sus manos plantaba y cultivaba las flores que debían servir para Jesús Sacramentado, y una vez con la señal de la cruz hizo crecer a unas flores que habían quedado raquíticas, diciendo: «Flores mías, creced por amor de Dios, que tenemos necesidad de vosotras».

El Beato Federico de Ratisbona, agustino, se consideraba feliz con poder adornar los altares y procurar el decoro del lugar santo; los Angeles mismos le ayudaban en tan piadosa tarea. Cierto día el religioso deseaba ardientemente flores frescas para adornar la mesa del Señor; pero ¿dónde y cómo hallarlas, estando en lo más riguroso del invierno? Sus celestiales compañeros le sacaron bien pronto de semejante apuro, trayéndole una buena maceta de rosas, recién brotadas. ¡Verdaderamente, aquéllas eran rosas del cielo!

Era educanda de nueve años en el colegio de las Madres Pías de San Carlos, en Viterbo, Ana Felisa Bartareli (la futura Venerable Sor María Lilia del Santísimo Crucificado), y a la angelical niña le faltaron, en invierno, las flores para el altar. El doctor Marcucci le llevó tres bulbos de jacinto y, en bromas, le dijo: «Plántalos, sopla por tres veces sobre ellos, y verás que florecen». La inocente lo creyó y fue luego a plantarlos. Todas las mañanas, levantándose antes que las otras niñas, corría al jardín, y comenzaba a alentar y soplar fuertemente sobre los bulbos plantados. ¡Ah!, ¿cuál no fue la fiesta de este angelito, cuando, al tercer día, encontró los bellísimos jacintos florecidos?

La santa Madre Chantal era igualmente diligentísima

en llevar flores a Jesús; cuando ya se habían marchitado, las llevaba a la celda, y allí las ponía a los pies de su Crucifijo, verdadera Flor marchitada.

No es necesario multiplicar más los ejemplos; hagamos más bien algunas reflexiones.

X. El angélico Levita San Lorenzo, viendo que le dejaban a él cuando era conducido al martirio el Pontífice Sixto II, así tristemente le habló: «¿A dónde vas sin tu hijo, oh Padre? ¿a dónde sin tu diácono, oh Sacerdote santo, apresuras el paso? ¡Tú nunca te has atrevido a ofrecer sacrificio sin ministro! ¿Qué cosa, pues, desagrada en mí a tu Paternidad? ¿Por ventura, hallaste en mí un Levita degenerado? Pues bien: examina, oh Padre, si en mí has podido escoger un ministro idóneo, al confiarme dispensar la Sangre del Señor» (1).

Todas estas palabras del Angel romano son hermosísimas y conmovedoras; pero las últimas hieren y hacen llorar. En su profundísima humildad, él duda de que no haya sabido perfectamente cumplir sus deberes de Levita, particularmente sus oficios eucarísticos; teme, pues, que al ser excluido del martirio sea, más bien que una prueba, un castigo. Y entonces, con atrevimiento filial, pide ser sometido a prueba y experimento: *Experire, experire, utrum ministrum idoneum elegeris!...* ¡San Lorenzo, pues, dudó; San Lorenzo temió!

XI. Y vosotras, oh almas que os creéis eucarísticas, ¿dudáis alguna vez? ¿tenéis alguna vez temores? ¿sentís remordimientos? ¿dudáis alguna vez de no ser fieles en todos vuestros deberes eucarísticos? ¿teméis no hacer cuanto la gracia exige para agradar perfectamente al Sumo Sacerdote Cristo Jesús? ¿Con más razón y más verdad que San Lorenzo al Obispo de Roma, decís alguna vez a Jesús: *Quid displicet in me Paternitati tuae? Nunquid me degenerem probasti?*

¡Oh almas! ¿no tenéis nunca remordimientos sobre vuestra delicadeza eucarística, ni sobre vuestra fe euca-

(1) «Expire utrum ministrum idoneum elegeris, cui commisisti dominici Sanguinis dispensationem». (Del Breviario.)

rística? ¿Nunca tenéis remordimientos que os obliguen a suplicar a Jesús os someta también a la prueba y al experimento?... ¡Oh!, ¡cuántos, aun comulgando todos los días, siguen adelante, a la buena ventura, en las vías eucarísticas, sin tantas sutilezas ni escrúpulos!... Pero reflexionad un poco: dudar de ser delicados con Jesús, es delicadeza; delicadeza es saber temer; delicadeza, tener remordimientos... Dudad por lo menos de cuando en cuando, temed y tened remordimiento de vuestra negligencia, que muchas veces pudiera ser indicio cierto de que falta en vosotros la verdadera fe, el verdadero espíritu eucarístico. ¡Pensad y temblad!...

XII. Mas hora es ya de hablar de la regla suprema que sirve para conocer a las almas eucarísticas; regla a la que tienden y de la que reciben vida y valor todas las otras reglas: ésta es el AMOR eucarístico.

Sí, amados lectores; la primera regla es, sin duda alguna, la fe eucarística, como hemos ya probado; la fe con su flor, que es la delicadeza eucarística; pero la fe, para que sea viva y verdadera, debe estar animada de las obras. Pues bien, esta fuerza vivificadora se la da a la fe la caridad; y he ahí por qué el Apóstol expresamente enseña que en Jesucristo no tiene valor una fe cualquiera, sino «la fe, que obra animada de la caridad»: *in Christo Jesu valet fides, quae per charitatem operatur* (1).

CAPÍTULO V

TERCERA REGLA POSITIVA

EL AMOR EUCARISTICO

SU NECESIDAD

I. San Juan, dando un grito sublime, que manifiesta todo el Apóstol del amor, nos dice: *Et nos credidimus charitati, quam Deus habet in nobis:* «Y nosotros hemos

(1) Gal. V, 6.

creído en el amor que nos tiene Dios» (1). No basta, pues, creer en la verdad: es menester creer también en la caridad.

El B. Pedro Julián Eymard, reflexionando sobre esta sentencia del apóstol San Juan, exclama: «Nosotros hemos creído en el amor que nos tiene Dios: ¡profunda palabra! Existe la fe en la verdad de las palabras y de las promesas divinas, que debe tener todo cristiano; y existe además la fe en el amor que Dios nos tiene, la cual es más perfecta y completa la primera. La fe en la verdad será estéril, si no va unida a la fe en el amor de Dios. Y ¿cuál es este amor en que debemos creer? Es la caridad de Jesucristo, el amor que nos demuestra en la Eucaristía, amor que es Él mismo, amor viviente e infinito. Felices los que creen en el amor de Jesucristo en la Eucaristía; esos aman, porque creer en el Amor, es amar. Los que se contentan con creer solamente en la verdad de la Eucaristía, aman, pero aman poco» (1).

II. Y verdaderamente creer en la verdad es raíz y fundamento de la justificación: creer en la caridad de Dios es flor, fruto y corona; creer en la verdad es la fe de los cristianos; creer en el amor es la fe de los amantes. Grande es la autoridad del maestro que habla; grandísima la del padre que ama; la prueba de la palabra se volvería fría y muerta, si no fuese vivificada por la del amor; pues la palabra es como la semilla que, en invierno, cae en las entrañas de la tierra, y el amor es como el rayo del sol primaveral, que la hace germinar y crecer. Si Jesús nos hubiera solamente hablado e instruido, hubiese sido nuestro maestro, el más excelente, sin duda, pero solamente maestro; y por tanto, hubiera quedado unido a nuestras mentes, no a nuestros corazones. ¿Quién ama a Platón, a Aristóteles, a Séneca? ¿quién habla de ellos? ¿quién piensa en ellos?

Mas Jesús nos habló y nos amó; nos habló como Dios, y como Dios nos amó; nos iluminó con la palabra, y con el amor nos salvó. Cantó un himno a su palabra, quien

(1) I Jo. IV, 16.
(1) *Mes del Smo. Sacramento,* día duodécima, 1.

dijo: «Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre» (1); y cantó un himno a su amor, quien escribió: «Cristo nos amó y se ofreció a sí mismo a Dios en oblación y hostia de olor suavísimo» (2). Tomás apóstol no creyó en la verdad; Judas no creyó en el amor.

III. He ahí por qué Cristo Jesús, después de haber dicho: «Yo soy camino y verdad»; añadió luego: «y vida». La vida es el amor. En cierto sentido, cualquier buen maestro puede decir limitadamente; soy camino y verdad; pero ninguno puede decir: soy vida. Esto únicamente puede decirlo Aquel que *dilexit nos et tradidit semetipsum pro nobis*: «que nos amó hasta ofrecer su vida en holocausto por nosotros». El solo, así como es camino y verdad por esencia, así también es por esencia, nuestra vida.

Mas es vida nuestra, porque es nuestro amor. Nos amó constantemente en los treinta y tres años de su vida mortal, pero en la Cena de la última noche su amor llegó hasta el exceso. No, no podremos jamás profundizar y gustar suficientemente el poema eucarístico, compendiado por San Juan en estas sencillas y misteriosas palabras: *Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos:* «como hubiese amado a los suyos, que vivían en el mundo, los amó hasta el fin» (1).

In finem!... in finem! ¡oh, qué palabra! No solamente hasta el fin de su vida mortal, sino —como interpreta Santo Tomás—, *usque ad ultimum finem amoris,* hasta el último término del amor (2); o como se expresa el sacro Concilio de Trento, hablando del adorable Sacramento del altar: «En él derramó el Salvador todas las riquezas de su amor hacia nosotros: *Divitias sui erga homines amoris velut effudit*» (3). Y San Bernardo, con hermosa frase, llama a la Eucaristía: *Amor amorum:* el amor de todos los amores. De modo que, como decía Santa María Mag-

(1) Jo. VII, 46.
(2) Eph. V, 2.
(1) Jo. XIII, 1.
(2) Comm. In Joan.
(3) Sess. XIII, c. 2.

dalena de Pazzi, nuestra alma, después de haber comulgado, puede muy bien exclamar: *Consummatum est!* mi Dios me ha dado todo, no tiene ya nada que darme: *Consummatum est!...*

IV. De ahí el grito sublime del Apóstol del amor, que es el Apóstol de la Eucaristía: *Et nos credidimus charitati, quam Deus habet in nobis:* «hemos creído en el amor que nos tiene Dios». La prueba del amor es el *non plus ultra* de todas las pruebas; pero —según la sentencia delicada del Bto. Eymard, más arriba apuntada— creer en el amor quiere decir amar; amor con amor se paga. Se cree en la verdad con la fe; se cree en la caridad con el amor. Al maestro se le escucha; al amante se le ama y, en cuanto es posible, se le debe amar según la medida y calidad de su amor.

Ahora bien, la santa Eucaristía es esencialmente tres cosas: amor sumo, como hemos ya dicho; amor perenne, hasta la consumación de los siglos; y amor... (es demasiada atrevida, Dios mío, la expresión de los Santos) *hasta la locura* (1).

San Lorenzo Justiniano dice: *Vidimus sapientem, amoris, nimietate, infatuatum:* hemos visto al Dios, que es la misma sabiduría, vuelto loco por el exceso del amor. Y San Agustín exclama: «¿No parece locura decir: comed mi carne, bebed mi sangre?...» Cómo no conmoverse al oír a Magdalena de Pazzi que, extática, va gritando: «Sí, Jesús mío, tú estás loco de amor; yo lo digo y siempre lo diré, que eres loco de amor, ¡oh Jesús mío!» Ya hemos visto también, más arriba, cuántas veces San Gerardo Maiella llamó loco de amor a Jesús.

Si se cree, pues, en la caridad de Dios con el amor, y si, en cuanto es posible, el divino Amante debería ser amado tanto y como a nosotros nos ha amado; he aquí por qué los Santos, y con ellos todas las almas verdaderamente eucarísticas, se han esforzado en amar a Jesús

(1) Las palabras *loco, locura,* dichas de Jesús, son expresiones amorosas, no *teológicas;* porque el amor de Jesucristo Dios, siendo infinito, no puede excederse nunca, pues es infinitamente inagotable.

Sacramentado con amor pleno, incesante, hasta rayar en la locura.

V. Sí, sí; al Sacramento del amor corresponde, de parte de las almas escogidas, el amor al Sacramento; a la institución corresponde la devoción; a la Eucaristía, las almas eucarísticas; a la invitación, los invitados; al don del Redentor, el agradecimiento de los redimidos; a la locura del Padre, la locura de los hijos.

La regla, pues, más segura y fácil para conocer si pertenecemos también nosotros a las almas eucarísticas, es nuestro amor a Jesús Sacramentado. No olvidemos que en este enamoramiento está puesta toda la esencia de la vida eucarística: cuanto más se ama a Jesús, más se vive de Él; cuanto más enamorados seamos, más eucarísticos seremos también. Y esta regla es absolutamente infalible; porque en el Sacramento, que es todo amor, la balanza para pesar y la capacidad para medir, no puede ser más que una cosa sola: AMOR.

Y es Jesucristo mismo quien nos indica esta regla. Todas las palabras de Jesús son profundas, dulces y penetrantes; y todas, como los tubos de un órgano o las cuerdas de un arpa, tienen su propio sonido, su peculiar sentimiento y cadencia. Algunas, sin embargo, conmueven sobremanera; son ternísimas. ¿Cómo no conmoverse cuando, en el huerto, dice a los discípulos predilectos: *Sustinete hic, et vigilate mecum:* «no me dejéis solo, aguardad aquí, y velad conmigo»? (1). Creo que nunca el adorable Hijo de Dios fue tan hombre, como lo fue en aquel momento, pidiendo asistencia y consuelo a sus pobres criaturas.

Del mismo modo ternísimas e inflamadas son sus palabras cuando salen inmediatamente de su Corazón y hablan directamente a los nuestros. El amor es su divina característica; parece que no puede ser feliz, sino haciéndonos saber dos cosas, esto es: *que nos ama y que quiere ser amado por nosotros,* para bien nuestro, no suyo. Sus discursos versan siempre sobre estos dos puntos; no deja

(1) Mat. XXVI, 38.

ocasión de recordarlos y recomendarlos: «Os amo, y quiero ser amado». Y cuanto más se aproxima su fin, tanto más habla del amor con palabras llenas de fuego.

V. En la última Cena, el Padre, que está próximo a morir, parece no saber recordar otra cosa, o por lo menos con tanta eficacia, que el amor. Cuántas veces lo repitió entonces: *Manete in me et ego in vobis:* «Permaneced en mí, que yo permaneceré en vosotros. Al modo que el sarmiento no puede de suyo producir fruto, si no está unido con la vid; así tampoco vosotros si no estáis unidos conmigo. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; quien está unido conmigo, y yo con él, ese da mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer. El que no permanece en mí será echado fuera como el sarmiento, y se secará, y le cogerán y arrojarán al fuego, y arderá. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vostros, pediréis lo que quisiereis, y se os otorgará... Al modo que mi Padre me amó, así os he amado yo. *Manete in dilectione mea:* perseverad en mi amor» (1).

Más solemnes y más sublimes todavía son los acentos de la última oración. Aunque los he citado ya en otro lugar, los vuelvo a poner aquí: «¡Oh Padre! que todos sean una misma cosa: y que como tú estás en mí, y yo en ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros». Y lo repite. «Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean una misma cosa, como lo somos nosotros». E insiste todavía: «Yo estoy en ellos, y tú estás en mí, a fin de que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que tú me has enviado, y amándolos a ellos, como a mí me amaste». El último grito infinito, la última súplica al Padre es ésta: *Dilectio, qua dilexisti me in ipsis sit, et ego in ipsis:* «el amor con que me amaste, en ellos esté, y yo en ellos» (2).

Y así como San Juan es el último Evangelista que narra este divinísimo discurso de Jesús, así también el mismo San Juan, entre los Apóstoles, es el que recuerda

(1) Jo. XV, 4-9.
(2) Ib. XVII, 21-26.

el deseo e inculca el precepto del Maestro más que todos. Si, San Juan, que, después de la Virgen Madre, es sin duda, una de las más perfectas almas eucarísticas, hasta en su ancianidad repite ardientemente: «Conforme os ha enseñado Jesús, permaneced en Él. En fin, hijitos permaneced en Él» (1).

Me parece oír, no a Juan, sino a Jesús mismo; de tal manera, que el Discípulo usa hasta la forma misma del Maestro, las mismas palabras; hasta aquel ternísimo *filioli*, expresión de Jesús en la última Cena.

VII. Por consiguiente, ¿qué cosa es la Eucaristía? AMOR. Y ¿quién es Jesús Sacramentado? AMANTE, que quiere absolutamente ser AMADO. *Manete in me... manete in dilectione mea!...*

Volved a leer atentamente sus palabras, meditadlas, gustadlas: cuanto más las gustéis, más sentiréis la necesidad de exclamar también con el Discípulo amado: *Et nos credidimus charitati...* también nosotros hemos creído en el amor que el Salvador nos tiene.

Decía bien, por tanto, el B. Eymard: «No basta creer en la verdad de la Eucaristía, sino que es menester creer también en el amor de Jesús en la Eucaristía. Los que se contentan sólo con creer en la verdad, o no aman, o aman poco; puesto que creer en el amor, quiere decir AMAR». He aquí por qué la fe eucarística lleva al amor eucarístico; el Sacramento creído conviértese en Sacramento amado; la luz se transforma en fuego. Hemos hablado de esto en la primera parte; los Santos creían ardiendo de amor, y ardían creyendo en la Eucaristía. A la contemplación eucarística unían al desfallecimiento eucarístico; y es verdadera expresión de todos, la expresión ardiente del angélico Santo Tomás al Dios sacramentado: *Tibi se cor meum totum subjicit:* «A ti mi corazón todo se rinde», *Quia te contemplans, totum deficit:* «porque, contemplándote, todo desfallece» (1).

*Contemplar por fe, desfalleciendo de amor*s he ahí la vida de todos los Santos y de todas las almas eucarísticas.

(1) Jo. II, 27-28.
(1) En el Himno rítmido *Adoro te.*

VIII. Pero si fue propio de los Santos contemplar por fe y desfallecer de amor, mucho más propio lo fue de aquel Santo, de quien se dijo era *tutto serafico in ardore*. Hablo de mi esclarecido Patriarca San Francisco. Está hoy históricamente probado, y admitido por los mismos incrédulos, que la Eucaristía fue para San Francisco el centro de toda su vida religiosa: en la Eucaristía y por la Eucaristía, Jesucristo era para él un acontecimiento religioso perenne; y siendo el Serafín del amor, la devoción al Sacramento del Amor, la practicó y cultivó acaso como ninguno de los Santos a él anteriores.

Fray León mismo, confesor del Santo, pone de manifiesto «esa grandísima reverencia y veneración del bienaventurado Francisco para con el cuerpo de Cristo». Tomás de Celano describe esa devoción con estas palabras: «Francisco con todas las fibras de su corazón ardía en el fuego del amor al Sacramento del cuerpo de Cristo, considerando con grande admiración aquella amorosa condescendencia y aquel tan condescendiente amor. Comulgaba con frecuencia y tan devotamente, que movía a los demás a devoción. Como veneraba con todo el corazón este sacratísimo bien, le ofrecía el sacrificio de todos sus miembros, y después de recibir al dulce e inmaculado Cordero, le inmolaba su espíritu en aquel fuego que siempre ardía en el altar de su corazón». Y San Buenaventura añade. «Como ebrio de espíritu, durante la Comunión, solía de ordinario ser arrebatado en éxtasis». Hacía lo posible para oír cuando menos una Misa todos los días; si las enfermedades le impedían acudir a la iglesia, rogaba fuese celebrada para él en la enfermería; y siempre que esto no podía obtenerse, se hacía leer el Evangelio del día, que besaba al fin con grande devoción. Y decía: «Cuando no puedo asistir a la santa Misa, adoro el Cuerpo de Cristo con los ojos del espíritu, en la oración, lo mismo que le adoro cuando lo vea en la Misa».

Semejante al Seráfico Padre es la seráfica hija, Clara de Asís. De tal manera la Eucaristía es su símbolo, su emblema, que una virgen, que no levante en alto con sus manos la custodia con el Santísimo Sacramento, no es,

ni puede ser Clara de Asís. «Su amor a la Eucaristía, asegura Tomás de Celano, era tan grande, que, disponiéndose para recibir el cuerpo del Señor, se desbordaba primero en ardientes lágrimas; después se acercaba con temblor a la sagrada Comunión, temiendo no menos al Dios oculto en el Sacramento, que al que gobierna cielos y tierra».

¡Qué grandes enamorados eucarísticos, Dios mío, y qué ejemplos!

IX. También San Juan de la Cruz, el gran serafín del Carmelo, por la vehemencia del amor, tiene alguna vez que abstenerse de la Misa en la seguridad de que no podría terminarla. De hecho, más de una vez apenas logró terminarla, como le sucedió cierto día en el convento de Baeza. Llegó a la sumpción del *sanguis;* mas vencido y fuera de sí por un deliquio de amor, permaneció largo rato con el cáliz en la mano; y solamente, mucho tiempo después, con la ayuda de los religiosos que acudieron en su auxilio, pudo terminar el Santo Sacrificio. En esta ocasión fue cuando una santa mujer, que se hallaba en la iglesia, exclamó: «Oh hermanos, llamad a los Angeles del cielo; pues sólo ellos pueden terminar esta Misa como la habría terminado él, ahora impotente para hacerlo».

X. De la misma manera, otro seráfico y extático sacerdote, San José de Cupertino, celebraba habitualmente el divino Sacrificio con tanta compunción, recogimiento y fervor, que, al oír una de esas Misas celebradas por él, se convirtió el protestante Juan Federico, Duque de Brunsvich. En su última enfermedad, no pudiendo ya celebrar, cuando le llevaban la Comunión a la habitación. con ardiente anhelo exclamaba: «¡He aquí la alegría! ¡he aquí la alegría!...»

XI. Y en tiempos más próximos a nosotros, a San Juan Bosco, como escribe su biógrafo Lemoyne, celebrando el divino Sacrificio, se le bañaba el rostro de lágrimas, y era interrumpido por éxtasis y fervores extraordinarios. En el momento de la consagración cambiaba con frecuencia de color y adquiría su rostro tal viveza de expresión, que manifestaba bien a las claras el ardor de la caridad que abrasaba su alma. A la elevación especialmente es

donde más brillaba y se dejaba ver toda su santidad. ¡Oh! y ¡qué grande era la fe con que adoraba a Jesús en el Sacramento de su amor! Acaeció verlo elevarse de la tierra y quedar por algún tiempo extático, como si contemplara cara a cara a nuestro Señor. No era, pues, de admirar que las gentes se le agolpasen en torno del altar, y muchas veces, sin saber quién era, se retirasen diciendo: «Ese sacerdote debe de ser un santo».

XII. Pero desagradaría ciertamente al Santo Fundador, si, junto con él, no recordase a su angélico discípulo, Domingo Savio. No tenía aún cinco años, y una mañana de riguroso invierno, mucho antes de amanecer, fue hallado de rodillas a la puerta de la iglesia por el capellán, que iba a abrirla, mientras la nieve, cayendo suavemente, cubría el suelo.

A los siete años (cosa no acostumbrada en aquellos tiempos), acercándose por primera vez a la mesa del Señor, hizo y escribió el famoso propósito: *¡la muerte, sí; pero pecados, no!* Y lo observó inviolablemente.

Célebre se ha hecho también el arrobamiento que tuvo en la iglesia, cuando, terminada la Misa, y habiendo ido sus compañeros primero al desayuno, después a clase, y más tarde a la comida, él permaneció extático e inmóvil delante del Santísimo Sacramento. En la misma postura estaba cuando fue a buscarlo San Juan Bosco; y eran ya las dos de la tarde. Qué maravilla si, cuando apenas frisaba con los 15 abriles, moría repitiendo estos hermosos versos, que fueron la aspiración de toda su vida:

«Señor, la libertad toda os ofrezco;
mi cuerpo y mis potencias ya os los brindo;
todo me os doy, que todo os pertenezco;
y yo a vuestro querer y amor me rindo».

¡Oh, los enamorados del Santísimo Sacramento, grandes y pequeños, nunca faltarán al Señor!

Pero el amor eucarístico debe ser sometido también a la prueba. Lo veremos en el capítulo siguiente.

Capítulo VI

PRUEBAS DEL VERDADERO AMOR

PRIMERA PRUEBA

Su necesidad
Observancia de los preceptos y de las palabras de Jesús

I. Así como no toda fe, según vimos en uno de los capítulos anteriores, es viva y verdadera, así tampoco todo amor es puro y perfecto. Y cuando señalamos el amor como criterio para conocer las almas verdaderamente enamoradas del Santísimo Sacramento, fácilmente se deja entender que no hablamos de cualquier amor, sino sólo del puro y verdadero. De suerte, que también el amor eucarístico, para que sea de buena ley, debe someterse a ciertas reglas o pruebas particulares, que lo caracterizan y distinguen. De estas pruebas indicaré tres solamente, todas ellas indispensables al verdadero amor a Jesús, e infalibles, porque son dictadas por boca del Maestro infalible.

La primera prueba del verdadero amor a Jesús Sacramentado está en estas palabras: «Si me amáis, observad mis mandamientos... Quien ha recibido mis mandamientos, y los observa, ese es el que me ama». A la observancia explícita de sus mandamientos, une la observancia general de todas sus palabras, y prosigue: «Cualquiera que me ama, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él. Mas el que no me ama, no practica mis palabras» (1).

Se había explicado con claridad el divino Maestro; sin embargo, añade aún: «Perseverad en mi amor. Si observareis mis preceptos, perseveraréis en mi amor, así como yo también he guardado los preceptos de mi Padre, y per-

(1) Jo. XIV, 15, 23-24.

severo en su amor» (2). Protesta, en fin, que no los llamará ya siervos, sino amigos; mas ¿con qué condición? Con la condición de que observen sus mandamientos: *Vos amici mei estis, si feceritis, quae ego praecipio vobis»* (3).

El sol de mediodía no es tan claro, como esta enseñanza de Jesús. Desea ardientemente ser amado de nosotros, pero al mismo tiempo nos advierte que es imposible, absolutamente imposible, amarle sin la observancia de sus preceptos y de sus palabras. ¿Se puede ser más claro?

II. He aquí, pues, la primera regla que prueba la verdad y excelencia del amor eucarístico: *la observancia espontánea y filial de los preceptos y de las palabras de Jesús.* El amor verdadero al Dios sacramentado lleva invariablemente a la práctica de sus mandamientos y enseñanzas; y viceversa, esta práctica demuestra, completa y corona el amor a Jesús Sacramentado. Entre el uno y la otra hay conexión de causa y efecto, de conclusión y premisas; de modo que el alma eucarística más perfecta será necesariamente la más fiel cumplidora de los preceptos, de las palabras y de los mismos deseos de Jesús. Y también en esto el evangelista San Juan, como verdadero Maestro, saca admirables consecuencias: «Quien guarda sus mandamientos, en ese verdaderamente la caridad de Dios es perfecta; y por esto (notad la conclusión del Apóstol), conocemos que estamos en él: *et in hoc scimus quoniam in ipso sumus*». Y prosigue: «quien dice que mora en él, debe seguir el mismo camino que él siguió» (1). Y da la razóní «Por cuanto el amor de Dios consiste en que observemos sus mandamientos» (2). Y sacando la última consecuencia práctica, el Apóstol amado, en un arranque de celo, exclama: «En suma, no amemos de palabra y con la lengua, sino con obras y de veras» (3-.

De manera que esta regla positiva remota, que constituye la ley del verdadero amor a Jesús, puede expresarse

(2) Ib. XV, 9-10.
(3) Ib. XV, 14.
(1) I Jo. II, 5-6.
(2) Ib. V, 5.
(3) Ib. III, 18.